

EL CASTILLO DE MOTOS Y SU LEYENDA

Por JOSÉ SANZ Y DIAZ

En esa especie de cabo que forma el antiguo señorío de Molina al adentrarse en la provincias de Teruel, se alza un pueblecito—Motos—desde los siglos medievales. Era de siempre un burgo laborioso y recoleto, rodeado de pinares y en invierno de nieves, al que un caballero feudal y un tanto brigante, Don Beltrán de Oreja, coronó en tiempos de Enrique IV con áspera y murada fortaleza. Fué el castillo de Motos nidial de esa ave de rapiña, armada de lanzón y vestida de cota de malla, que un día entre los días llegó a los confines del señorío molinés desde el fondo de las Alcarrias. Nada noble debía llevarlo a levantar sus torreones almenados sobre el cerro de Motos, cuando lo primero que hizo fue cambiar su nombre verdadero por el de Alvaro de Hita, villa de donde era vecino y natural. Parece que abofeteó en Cortes a un inviolable procurador, y que a Motos se vino, huyendo del hacha del verdugo.

Fuera ello como quisiera, el hecho es que el meteco caballero de Motos dotó a las cuarenta y tantas casas del burgo molinés de un soberbio castillo, desde el cual solía devastar con sus gente de armas la frontera aragonesa. Como hombre linajudo, sabía empuñar las armas con bravura, y no hemos de ser muy severos al enmarcar su silueta feudal en los años turbulentos del siglo XV.

Cuenta una leyenda, que yo he recogido en la Sierra de labios de la tradición—inédita hasta ahora—, que un día, al volver de sus algaras, trajo consigo a una bellísima doncella raptada en tierras de Aragón. La encerró en la cuadra más confortable del castillo de Motos, y allí la tuvo secuestrada varios inviernos, sin más compañía que una vieja criada, hasta que, loca de tristeza y de aislamiento, entregó su alma a Dios.

La cautiva solía asomarse a los estrechos ventanales y aspilleras de la fortaleza, que era de aparejo rudo y poligonal, absorta en la contemplación del paisaje, y de pronto empezaba a cantar. Así evadía de la triste realidad. Abajo, y por doquier desparramaba la vista, los pinos aparecían humildes al pie del castillo, que alzó con exaltación de ave de presa el caballero de Motos. Era de noche, y la mole de un torreón padraastro ocultó durante algún tiempo el ascenso de la luna, que cabalgaba a lomos del monte. La fábrica imponente de la casa feudal defendía